



El problema /
La caída del águila
Edición anotada

Máximo Soto Hall
Carlos Gagini

Edición literaria, prólogo,
glosario y notas

Verónica Ríos Quesada



El problema /
La caída del águila

Edición anotada

Máximo Soto Hall
Carlos Gagini

Edición literaria, prólogo,
glosario y notas

Verónica Ríos Quesada



Colección Debates del Bicentenario


EDITORIAL
UCR


Editorial
Costa Rica

CR863.44

S718p

Soto Hall, Máximo, autor(a)

El problema / Máximo Soto Hall ; edición literaria, prólogo, glosario y notas Verónica Ríos Quesada. -- Primera edición anotada. -- San José, Costa Rica : Editorial Costa Rica : Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2021.

296 páginas ; 14 x 21 cm. -- (Colección Debates del Bicentenario)

Con: *La caída del águila* / Carlos Gagini Chavarría ISBN 978-9930-580-50-9

I. Novela costarricense. I. Gagini Chavarría, Carlos, autor(a). II. Ríos Quesada, Verónica, autor(a) de prólogo, autor(a) notas. III. Título. IV. Serie.

SINABI/UT

2021

EL PROBLEMA / LA CAÍDA DEL ÁGUILA

EDICIÓN ANOTADA

© Máximo Soto Hall

© Carlos Gagini

© Verónica Ríos Quesada

© Editorial Costa Rica

Teléfono: (506) 2233-0812. Fax: (506) 2233-5091

Apartado Postal: 10 010-1000 San José, Costa Rica

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro

Diagramación: Martha Lucía Gómez Zuluaga

Diseño de colección y portada: Felipe Fernández

© Editorial de la Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Primera edición *El problema*: Imprenta y Librería Española, San José, 1899

Primera edición *La caída del águila*: Trejos Hnos. Imprenta, Librería y Encuadernación, San José, 1920

Primera edición conjunta: Editorial Costa Rica / Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2021

Derechos reservados conforme a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos. D. R.

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Nota editorial:

En esta edición, se ha actualizado la ortografía según las normas de la Real Academia Española (RAE, 2010) y de nuestro propio manual de estilo (ECR, 2012).

CONTENIDOS

Prólogo: “De pasados señoriales idílicos y sueños modernizantes, las propuestas futuristas de Máximo Soto Hall y Carlos Gagini”, de Verónica Ríos Quesada.....	xi
<i>El problema</i> de Máximo Soto Hall.....	1
<i>La caída del águila</i> de Carlos Gagini Chavarría.....	93
Glosario.....	237

El problema

Máximo Soto-Hall

(1871-1944)

*Qui amat periculum
in illo perebit.*

ECLESIÁSTICO, CAP. III., VERS. 27¹

1 El epígrafe en latín hace referencia al libro de Eclesiástico, de la *Biblia*. La traducción en español es “quien ama el peligro, en él perecerá”.

I

El gran vapor se deslizaba majestuoso por las dormidas aguas del Canal. A uno y otro margen, reflejando sus fachadas sobre la turbia linfa, quintas circundadas por altas verjas de hierro donde culebreaban, llovidas de flores, las tupidas madreSelvas, dejando apenas ver, entre su verde tamiz, el blanco manchón de las escaleras de mármol que se iban estrechando al subir como una ola espumante; oficinas con sus amplias ventanas y sus piezas inundadas de luz; fábricas severas, claustrales, cortando el espacio con sus chimeneas altas, erguidas, que lanzaban constantemente sobre el diáfano azul del cielo bocanadas de humo negro y pesado. Era toda una gran ciudad, alargada, extendida en las riberas de aquel río hecho a medias entre Dios y los hombres; una Venecia moderna, con una sola calle anchísima, limitada por dos grandes océanos.²

El doctor Escalante, reclinado de bruces sobre el barandal del buque, miraba como absorto tanta grandeza. Aquello parecía un trabajo de magia. Era el producto de una raza joven y fuerte. Aquellos hombres que se veían desde el vapor, con bíceps de atleta, rostro encendido por una sangre poderosa, ágiles, ligeros, eran los que habían, en poco tiempo, realizado tales prodigios.

2 En esta primera descripción de paisaje, se observan características del modernismo, movimiento literario de origen hispanoamericano. Ejemplos son el refinamiento del lenguaje, la presencia de elementos naturales y la creación de imágenes con la ayuda de adjetivos que apelan a los sentidos.

Veinticinco años habían transcurrido desde que pasó por vez primera el canal, apenas en construcción, cuando su padre, eterno enemigo de aquella raza subyugadora, pero curioso de sus adelantos, quiso al llevarlo a Europa, aprovechar la ocasión para ver aquella obra colosal en sus principios. Cómo había cambiado todo desde entonces. En aquel tiempo no cruzaban el río sino embarcaciones pequeñas y lo bordeaban viejos árboles, testigos mudos de los heroísmos y de las crueldades de la conquista que ya los encontró viejos y gigantes; árboles que juntando amorosos sus ramas tendidas de ribera a ribera, formaban una bóveda de espléndida verdura, atravesada por uno que otro rayo de sol que iba a dibujar con su pincel de oro raros caprichos sobre el cristal movable de las aguas. Allí, sobre esa bóveda, anidaban centenares de pájaros que desde el alba hasta el arribo de la noche cantaban acompañados por el susurro de la fronda y los murmurios del río. Todo había desaparecido, todo se había transformado. En aquella selva, al poner su mano la civilización, borró el esplendor de la virgen naturaleza.

El doctor Escalante, sentía su alma agobiada de cruel desazón. Cinco años tenía cuando hizo el primer viaje y sus recuerdos eran vivos y palpitantes, como lo son siempre los de aquellos actos que impresionaron fuertemente nuestro infantil cerebro, y que ni el tiempo, ni las emociones más cercanas, logran siquiera empalidecer. El cambio de panorama, era como un robo a las reliquias de sus recuerdos.

El vapor seguía avanzando lentamente. Lanzó el silbato de la máquina tres aflautados toques y se sintió en toda la embarcación el movimiento que precede a la llegada de un puerto. La ciudad lineal iba desparramándose hacia la ribera izquierda; ya se veían calles de arena, vehículos de ruedas, un movimiento más desordenado y más activo. Era la hora del crepúsculo. Un sol tropical que en su agonía ensangrentaba el ocaso hasta querer escalar con su púrpura el cénit, derramaba sus rayos tibios sobre los edificios, se retorcían estos entre las cuerdas y los mástiles de infinitas

embarcaciones o rodando sobre el líquido elemento lo maticaban de oro y púrpura.

Las frases lacónicas de la lengua inglesa repercutiendo por uno y otro lado, parecían chispas encargadas de encender la actividad y el movimiento en todas partes. ¡Qué agitación, qué bullicio! Iban y venían los pasajeros de todas clases; rodaban sobre la cubierta baúles, maletas, líos y cajas; salían a relucir los sombreros y los abrigos más raros, los objetos que reclamaba la ocasión y que había hecho innecesarios la vida íntima de abordó. Algunos pasajeros alargaban las cabezas en busca de personas que debían esperarlos en la orilla; otros sonriendo, hacían señas con las manos y con los pañuelos. Una señora muy gorda y muy encarnada entabló conversación, a grandes voces, con una joven que desde el muelle le mandaba besos con las puntas de los dedos. Los más se preparan a salir de aquella prisión que los había albergado por más de nueve días.

Solo el doctor Escalante, clavado sobre el barandal, permanecía inmóvil en medio de aquella balumba. El vapor atracó, al fin, y los pasajeros, como presa a la cual se levanta el dique, se precipitaron por el puente, apenas tendido, sin consideraciones ni cortesías, tratando únicamente de salir cada cual el primero, de aquella avalancha humana.

Hasta entonces, cuando se vio completamente solo, comprendió el doctor que era llegada la hora de salir. Cargó él mismo con su maleta y saltó a tierra. No se oía hablar más que inglés. En vano él, con atento oído, trataba de percibir alguna palabra española o francesa. Varios individuos se le acercaron y aun pretendieron arrebatárle la maleta de las manos; pero como no podía entenderse con ellos para explicarles lo que deseaba, permaneció inmóvil, viendo a una y otra parte con la curiosidad del hombre que buscara en aquel sitio algo que debía encontrar en él.

Una suave palidez y una grata sonrisa cambiaron momentáneamente su rostro; dejó caer la maleta y se echó en brazos de un hombre alto, robusto, viejo ya, y que abrazándole fuertemente, no se cansaba de llamarle: "hijo mío".

—¿Que tal el viaje? —preguntó cuando se hubieron desenlazado.

—Magnífico —contestó el joven—, me ha molestado únicamente no conocer el idioma y creo que esta dificultad me seguirá molestando; veo que aquí ya no se habla más que inglés.

El padre apenas oyó estas últimas palabras. Dirigiéndose a un granuja de agujereado sombrero de fieltro que dejaba ver por sus aberturas algunos mechones de cabello rubio, le ordenó en inglés que tomase la maleta y los siguiera. Después, dirigiéndose a su hijo agregó:

—Vamos, el City of Burica³ nos espera, saldrá hasta las diez, pero de todos modos estaremos mejor allí, vamos.

Y comenzaron a caminar por aquella población, improvisada, en el ángulo formado por el río San Carlos y el gran canal de Nicaragua.⁴ Como las sombras de la noche iban en aumento, los escaparates de los almacenes comenzaban a encender sus luces y los focos eléctricos de la calle iban brotando como diamantes uno a uno. Aquella ciudad-estación era, sin duda, de un gran comercio y una inmensa actividad.

Padre e hijo hablaron durante el trayecto de asuntos de familia y nada más. La mamá estaba muy bien, pero no había querido llegar hasta New Charleston,⁵ por quedarse arreglando las cosas de la casa.

—Tú sabes como son nuestras mujeres —decía don Teodoro— un viaje es para ellas problema difícil. Nuestra raza es así. En todo halla dificultades, todo le infunde miedo.⁶ Pero

3 La novela hace referencia a lugares relacionados con el territorio costarricense. En este caso, la península Punta Burica nombra la embarcación.

4 La novela se apoya en el amplio debate sobre la posible construcción del canal de Nicaragua, a inicios de siglo XX. Dicha construcción no se dio, pero se presenta como una realidad en la trama.

5 New Charleston no existe como tal, es una ciudad ficticia.

6 La feminización de la raza latina que apunta don Teodoro revela la misoginia de la época. Ser como una mujer es sinónimo de

me gusta, me gusta que así sea. Odio a estas marimachos de americanas. Emma, la hija de mi hermano, está pasando una temporada con nosotros, mientras su padre arregla un negocio en Honduras. Su hermano Santiago, redacta el periódico que fundó su padre, aquel periódico que tú recordarás, *La Nación*; hoy ha cambiado totalmente. Se llama *The Star* y está escrito en inglés. No podía acabar de otro modo. Tomás ha sido siempre una cabeza destornillada; americanista incorregible. Yo no te he mandado el periódico, ni te he hablado de eso por evitarte disgustos. He tenido yo tantos por esos motivos. Mira un aviso de mi fábrica —exclamó interrumpiéndose para señalar hacia el frente.

Habían llegado a la orilla del San Carlos y sobre la vela de un bote que subía el río, a la luz débil de dos faroles, se alcanzaba a leer:

“Saint Carlos Chocolate the best in the world”.

Julio hizo un gesto que su padre no advirtió y dijo con desgano: —¡Ah! sí.

inferioridad y, si se aleja de dicha inferioridad, entonces es tildada de masculina.

II

Er an las diez, cuando el City of Burica, comenzó a remontar el río acariciado por una tenue brisa que hacía la noche fresca y deliciosa. En aquel río había logrado, en parte, la naturaleza sobrevivir al cambio general. De trecho en trecho, separando agrupaciones de casas, se veían árboles corpulentos alzar sus ramas tristes y lánguidas, como si temieran provocar el enojo de la raza terrible, que podía de un soplo hacerlos desaparecer, con la misma facilidad que el huracán desgaja un arbusto.

Había pasado ya, para el padre y el hijo ese momento de vértigo que sigue al encuentro de dos personas que se aman y tornan a verse, después de una prolongada ausencia. Agotadas las intimidades, los recuerdos, las preguntas, las frases coincidentes, estaban en esa hora desagradable en que es preciso hacer un esfuerzo para ocuparse de la realidad áspera de la vida, de asuntos indiferentes o secundarios, dolorosos muchas veces.

—Esto ya es completamente americano —dijo Julio—. Y qué transformación tan rápida; me parece un sueño.

—Sí, es asombrosa ciertamente —repuso el padre—. Lo veo y apenas puedo creerlo. Hace treinta años, me acuerdo bien, era a raíz de la guerra hispano-americana,⁷ cuando

7 La Guerra del 98 fue un conflicto bélico ocurrido entre abril y agosto de 1898, en el que se enfrentaron España y Estados Unidos. Supuso la caída del Imperio español, así como la pérdida de todos los territorios que tenía en el Pacífico y en el Atlántico, entre ellos Puerto Rico.

Tomás me dijo una tarde después de comer; Teodoro, nosotros, vamos a ser americanos.

Lo miré asombrado, sin aceptar a comprender si hablaba en serio o gastaba una broma.

Él, imperturbable, agregó:

—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor a la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante, se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio.

No pude contenerme al oírle.

—Eres un mal patriota —le dije—, un hombre sin corazón, sin sangre. ¿Crees que nosotros lo permitiríamos?

—No habrá manera de evitarlo —me contestó—, con su calma de siempre. Unos cuantos, la mayoría comprenderá que lo mejor es prepararse con tiempo para encajar en el modo de ser de esa raza. Adoptará sus costumbres, tratará de imitar sus virtudes, seguirá sus vicios quizá. Esos entienden la cosa y serán felices. Yo seré de ellos. Los otros, los que quieran resistir, serán muy pocos para oponerse por la fuerza y sobre todo, cuando quieran sacudirse ya estarán viciados por el medio ambiente y serán también arrollados por el vendaval. Ni uno solo quedará en pie.

—Qué soberbia profecía —exclamó Julio, tristemente.

—Soberbia; pero mi hermano exageraba. No quedará uno, dijo, y quedo yo; yo, que sigo odiando a los intrusos como el primer día, que sigo resistiendo como entonces.

Julio no apartaba los ojos de su padre que hablaba lleno de convicción y de firmeza. El joven comenzaba a comprender que su padre vivía engañado. Aquel odio no residía más que en los labios, aquella resistencia se había condensado en las fórmulas. Su padre era también una víctima. Don Teodoro agregó:

—Mi hermano también cumplió su programa. Al siguiente día de aquel en que hizo la profecía, publicó un editorial en

La Nación, concebido en los mismos términos, sin importarle la grito del público, ni los ultrajes de los demás periódicos. Se perfeccionó en el inglés, que ya conocía, y finalmente se casó con una norteamericana. Sus hijos son sajones, completamente sajones. Sobre todo Santiago. Emma, tiene sus ribetes de latina. Ya lo verás Y ahora a dormir, sabes que es tarde. La una, vamos, y yo despierto. La jaqueca mañana. No cabe duda, nuestra raza es débil; yo sin embargo la prefiero así.

III

Los vapores que partían de New Charleston en la noche, a pesar de la corta distancia, no acostumbraban llegar al muelle de San Rafael, sino hasta la mañana siguiente. Era preciso pasar la noche a bordo. Julio se retiró a su camarote, pero no pudo conciliar el sueño. Mil ideas confusas agitaban su imaginación y mantenían sus párpados abiertos. Sentía una profunda tristeza, una nostalgia de algo desconocido, de algo imposible.

Se levantó muy de mañana. El alba extendía por Oriente su gran abanico de luz pálida y la naturaleza comenzaba a despertarse. Murmuraban lánguidamente las aguas batidas por la hélice, agitaban la brisa los ramajes y algunos pájaros dejaban rodar por el aire diáfano del amanecer la cascada armoniosa de sus trinos. A Julio todo le parecía triste. Hallaba plañideros los cánticos de los pájaros, como si comprendieran estos que iba a terminar la hora de su vida salvaje, para entrar en la prisión dorada, con el grano medido y el cantar obligado. Veía amarillentas las hojas y abatidas las ramas. No eran aquellos los mismos árboles que contempló en su infancia, ni aquellos los pájaros alegres que perseguía su crueldad infantil. Un tinte de agonía coloreaba todo lo antiguo. En cambio, lo nuevo, lo naciente, qué animado, qué alegre. Los silbatos de las máquinas de vapor llamaban al trabajo; poderosos corceles tiraban de los arados que hundían sus grandes uñas de hierro en el seno blando de la tierra, indiferente en su actividad, dispuesta a rendir sus frutos

más valiosos al mejor cultivador, fuese quien fuese.⁸ En las puertas de las casas asomaban sus cabecitas rubias y sus rostros encarnados los niños sajones, viendo con sus ojos azules de impasible mirar a aquella gran naturaleza que tal vez los albergaba con odio. El trabajo ordenado, el trabajo metódico, la gran labor del que sabe triunfar con su fuerza y su perseverancia se advertía por todas partes.

Entonces, como si el ejemplo de aquella actividad encausada, le obligase a ordenar sus pensamientos confusos y dispersos de la noche, se abismó en sí mismo y comenzó a reflexionar en las causas a que obedecían esas transformaciones que tanto lo asombraban. Comprendió porqué la raza nueva se tragaba a la suya, como un remolino del Malström se sorbe el último resto de un naufragio. Vio claramente que aquella no era una raza conquistadora sino absorbente; que no ejercía dominio sino influencia. Había llegado al país con su fuerza y su saber para luchar por la vida; se encontró con una raza superior, muy superior en espíritu, pero inferior en materia y pasó lo que tenía que pasar. La sangre poderosa cogió, transformó, y se asimiló la sangre débil. El músculo de hierro venció a la idea de oro.⁹ De esa gran lucha, debía nacer naturalmente la admiración de los débiles por los fuertes; la fascinación del triunfo; acabando por dejarse devorar los primeros sin resistencia y sin dolor, como el ave hipnotizada por la serpiente hipnotizadora.

8 La comparación entre la mujer y la tierra se repite con frecuencia en la literatura universal y la mitología. La referencia a que las mujeres responden al mejor cultivador alude a que siempre están en búsqueda del beneficio propio.

9 Señala la victoria de la raza sajona, de sus máquinas, su fuerza bruta y su materialismo sobre la raza latina que destaca por su capacidad de reflexión y el sentimentalismo. Por un lado, el hierro tiene simbolismo de rigidez, dureza, inflexión; se puede reconocer como instrumento de guerra y de muerte, también como protector. Por otro lado, el oro se toma como representación de perfección y de cima, culturalmente se considera como símbolo de inmortalidad.

Todo esto lo veía claro, perfectamente claro, y no solo perdonaba a su padre las flaquezas que en él advertía, sino que aún admiraba que, siquiera en la forma, hubiera podido mantenerse incólume.

Un fondo de profunda compasión, de honda piedad, iban sembrando en su alma estas reflexiones, cuando, al aparecer allá en lontananza el muelle de San Rafael, vino a su mente el dulce recuerdo de su madre y apartado momentáneamente de todo, ya no pensó en otra cosa, sino en el momento de estrecharla en sus brazos.

IV

El carruaje se detuvo en el patio de la fábrica. Los grandes edificios alzaban al frente sus fachadas majestuosas, de ventanas estrechas, angostas cornisas, y severa arquitectura; los adornaban gallardetes y banderolas que en un tiempo debieron ostentar los colores del pabellón nacional y a los cuales las lluvias y sol habían decolorado hasta un blanco sucio. Julio creyó ver un símbolo en aquella palidez y no pudo ocultar una amarga sonrisa.

—Vamos, sígueme, recorreremos la fábrica —dijo don Teodoro— deseoso de mostrar a su hijo los progresos realizados durante su ausencia. Doña Elisa y Emma se dirigieron a la casa de habitación y Julio caminó detrás de su padre con andar desmadejado y aire desdeñoso.

Subieron una angosta escalera y se encontraron en el primer salón.

—Aquí —dijo el padre— se prepara y muele el grano. Mira qué máquina esa, parece que tuviera inteligencia. Cómo separa el grano malo y las basuras; ¡fíjate, ahora eh!, ¿has visto? Aquí tienes la primera pasta. Qué cosa tan fina ¿no es cierto? En este salón —continuó, entrando en una nueva estancia—, se practican las mezclas, es decir, ya queda fabricada la masa para entrar en los moldes. Cada molde tiene el nombre de la fábrica y su sello especial. Sin embargo, se hacen muchas imitaciones, muchísimas. Ya te enseñaré algunas que he podido pescar. A primera vista cualquiera se confunde, son idénticas. Pero probándolo ¡qué diferencia! No hay medio de competir; te digo que no exagero al llamar a mi chocolate el mejor del mundo. Habrá iguales, no lo dudo, pero mejores, imposible —y seguía hablando sin parar

un momento, gesticulando y poniendo ese rostro complacido de los comerciantes cuando ofrecen nuevos artículos a sus clientes.

Siguieron atravesando grandes salones atestados de máquinas y de obreros, donde se aspiraban los olores de la vainilla, la canela y el cacao, confundidos con los de agrupación humana, de aceite y de tabaco. Cada máquina diferente exigía su explicación y cada nueva forma del producto reclamaba su encomio.

—Este es el salón de mujeres —dijo, entrando a la pieza última del último edificio—. Aquí se envuelven las tabletas en papel de estaño y se les pone su cubierta con la marca de fábrica y su aviso correspondiente. Mira qué cubiertas tan bonitas. Esta fue idea de Tomás. Yo quería que la leyenda fuera en español, pero, vamos, se empeñó tanto, que fue preciso ponerla en inglés. Eso nada significa; no pierdo con ello mi espíritu independiente; al contrario, hago tragar mejor a estos sajones, lo que produce un latino, un verdadero latino incorruptible.

—Pero aquí todo es extranjero —se atrevió a decir Julio—, me parece que no hay un solo operario nacional.

—En cuanto a los operarios tienes razón —repuso don Teodoro—. Esta gente sabe trabajar. Yo la utilizo como máquinas, como bestias de carga. Es la mejor forma de mi desprecio. Son una fuerza valiosa. Unos caballos inmejorables. Ellos no se enferman nunca, no se les muere nadie, no dejan de trabajar el lunes, no conocen más días festivos que los que uno quiere darles, no hablan, sobre todo no hablan. Y qué manera de trabajar. Cada uno vale por dos de los nuestros, en cantidad y en calidad. Y, en fin, hay la ventaja de que yo no les guardo consideraciones; los trato como lo que son, como bestias, puras bestias de carga. Pero —exclamó de pronto— aún en lo de operarios hay su excepción. Mira ese que trabaja en la cortadora es del país —y dirigiéndose al que se refería, le preguntó en inglés cómo marchaba el trabajo aquella mañana.

Julio, con extrañeza y sin comprender lo que su padre decía al obrero, exclamó:

—Pero ¿por qué le hablas en inglés?

—Flaquezas humanas —repuso don Teodoro encogiéndose de hombros— este individuo, no quiere hablar español; una monomanía, una monomanía como otra cualquiera. Se le puede perdonar en gracia de ser un operario de primera, tiene todas las virtudes de los *yankees* y es de nuestra raza, no se puede pedir más.

Hubo una leve pausa.

—Ya lo conoces todo —continuó el padre—. Estoy seguro de que has quedado satisfecho. Esto revela un gran esfuerzo, un esfuerzo colosal. Ahora vamos a conocer la casa de habitación. No hay lujo, pero comodidad, ya verás qué comodidad.

V

ERan las doce del día, cuando se sentaron a la mesa. Hasta entonces no había tenido ocasión Julio, de fijarse detenidamente en Emma. Era una mujer admirable. Alta, robusta, fuerte. Sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas, teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba sobre su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso. Todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, una mujer hecha para la maternidad, molde soberbio para la procreación. Cuando reía cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura tan humana, parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados de natural serenos, y adquirían bajo el toldo de sus pestañas negras, una irresistible fascinación.

En aquel momento, reía, al propio tiempo que exclamaba:

—Con que Ud. es también como su padre, ¡qué curioso! Nos aborrece.

Julio sintiendo como un golpe en el rostro al oír aquel *nos*, profirió con viveza:

—No aborrezco a nadie. Digo simplemente que prefiero lo que dejé a lo que hallo. Tal vez contribuyan a mi manera de sentir los recuerdos de la infancia. ¡Tienen siempre un perfume tan grato para nosotros! Esta casa me parece bellísima, muy cómoda, y sin embargo, no puedo olvidar aquel viejo caserón de campo en que jugué de niño.

—¡Oh! —repuso Emma—, no dudo que eso pueda influir, pero en el fondo a usted le antipatiza nuestra raza. Se lo he notado, es inútil que me lo niegue.

—En primer lugar —dijo Julio—, no se tratará de la raza de usted, puesto que tiene usted una buena dosis de latina, y en segundo lugar, me parece que juzga con demasiada rapidez. La raza sajona no me antipatiza. Simplemente que no la querría ver en mi país.

—Yo de latina —repuso, como si fuera lo que más le preocupase— no tengo nada. Papá es más sajón que todos los sajones del mundo.

—Tiene razón Emma —dijo don Teodoro—. Yo te lo decía ayer. Tomás cumple el programa que se propuso a las mil maravillas. No tiene nada de nosotros, nada absolutamente. En cambio, su hija, por más que diga, ya lo verás, no puede desmentir su sangre paterna con todo y la educación y la mezcla. La prueba mejor, es lo bien que armoniza conmigo, el enemigo de su raza, como ella dice.

—Enemigo —exclama Emma, sonriendo con su risa cristalina y sonora—, vamos tío, si Ud. es también ya de los nuestros. Aquí el único verdadero enemigo y enemigo irreconciliable es Julio.

—Yo, yo —repusieron a la vez don Teodoro y Julio, aunque con muy diferente expresión.

—Sí, es la verdad; no rectifico. Agregó simplemente que no pierdo la esperanza de que haremos cambiar a Julio. Yo haré lo posible, todo lo posible.

—En ese caso... —Julio iba a añadir algo, cuando apareció en el umbral de la puerta, un hombre joven, muy rubio, de alegre fisonomía y porte elegante.

—Hola, Santiago —exclamaron todos a la vez—, ¡qué sorpresa!

El recién llegado dijo en español, con marcado acento extranjero:

—Supe la llegada de Julio y quise venir a saludarlo, nada más que a saludarlo. Me voy esta tarde.

—Pues aquí lo tienes —repuso Emma—, abrázalo con cuidado, mira que es nuestro enemigo, es decir, enemigo de los *yankees* —y de nuevo dejó correr el hilo tenue de su risa encantadora.

VI

—¿Cómo van sus trabajos, señor anexionista? —dijo don Teodoro a Santiago.

—Admirablemente. ¿Ha visto mi artículo de hoy? Trato el asunto con toda claridad.

—Hoy no he visto periódicos —repuso don Teodoro—. Como hemos llegado esta mañana y era preciso enseñar a este —volviéndose a Julio— lo poco visible que tenemos, no ha habido tiempo de ocuparse en la lectura. ¿Qué dice el artículo?

—Hago referencia a las noticias que ha mandado mi padre. En las otras repúblicas la cuestión se presenta tan bien como en Costa Rica. En El Salvador y Guatemala parecía más difícil la tarea, sin embargo, no ha sido así. Se ha trabajado muy hábilmente. Si no me equivoco, la anexión se verificará a fines del año, es decir, dentro de siete meses. Ya es necesario, no podría retardarse más.

—Pero, ¿es posible que nadie se oponga? —exclamó Julio con firmeza.

—¡Quién! —respondió Santiago—. Si la anexión no será más que una fórmula. ¿Qué somos ahora? ¿somos libres, por ventura? Tenemos un gobierno propio, es cierto; pero, si tú profundizas, verás que no es independiente. Ese gobierno tiene un periódico oficial que se publica en inglés, sus acuerdos, sus decretos, sus disposiciones todas, se publican en inglés. Y en sus oficinas no se habla otro idioma. Más aún, y esto entre nosotros, no se hace sino lo que quiere que se haga el Presidente de los Estados Unidos. No somos, pues, libres y en cambio se nos vedan las prerrogativas

de ciudadanos de una gran nación. Conviene dar el paso definitivo. ¿No te parece?

—No discuto si conviene o no —añadió Julio con cierta vacilación—, lo que me extraña, es que no haya quien se oponga, aunque se trate de puras fórmulas; las fórmulas son, precisamente, lo que más preocupa a los pueblos.

—Pero, ¿a qué pueblo te referes? —repuso Santiago, sonriendo—, si ese pueblo o aquel pueblo, se ha fundido en la nueva raza, la ha adoptado sin sentirlo. Hace treinta años, muy bien, entonces hubiera sido tiempo de resistir. Cuando mi padre dio la voz de alerta podía haberse hecho mucho; pero ahora...

—¿Y nadie hizo nada en aquel entonces? Mi padre dice que la prensa se ocupó mucho del asunto.

—Sí, se ocupó como lo hacen los latinos siempre: en una forma ideal, hasta sublime si se quiere. Los periódicos lanzaron artículos rimbombantes, manifestando ¡que antes morirían que ser *yankees*, que sabrían luchar hasta verter la última gota de sangre, que era preferible la muerte a la esclavitud! Los muy inocentes pensaban que un día de tantos, aparecerían, por mar o tierra, los ejércitos conquistadores y que habría lucha, una lucha heroica. Mientras esas buenas gentes gastaban sus energías en tales protestas, los sajones, sin armas, o mejor dicho, sin más armas que su oro, su trabajo y su espíritu absorbente, iban alcanzando de día en día nuevos triunfos. Se hablaba de venta del territorio; pero como la venta no se verificó, ni se podía verificar, los patriotas siguieron refunfuñando entre dientes, dispuestos a morir tan pronto como fuera necesario. La hora, por supuesto, no llegó. Cuando sintieron ellos, los terribles, los indomables, ya vestían y comían a la americana, y pensaban, aunque no se atrevían a confesarlo, que los tales invasores no eran tan malos como se creía.

—Es cierto —repuso don Teodoro con calor—, ha habido un gran fondo de debilidad, una flaqueza incalificable. Esas gentes han malgastado sus fuerzas. ¡Oh si todos hubieran

sido como yo! No grité, no refunfuñé, pero supe protestar con mis actos. He sabido defenderme; he aprovechado a la raza nueva como elemento; he cogido lo bueno que tiene, pero siempre despreciándola y sin corromper mi personalidad.

—Tiene razón Teodoro —repuso tímidamente doña Elisa, que aunque no acostumbraba intervenir en tales discusiones por temor de molestar a su esposo con sus simplezas, todo era que oyese decir, “utilizar a la raza”, para que no pudiera contenerse—. Sí, tienes razón. Yo lo veo por los criados —los criados eran su argumento poderoso—. ¡Oh cómo sufrí con los del país! En cambio, estos son inmejorables. Nada se les olvida. Desde que tenemos criados extranjeros, nunca te ha faltado tu té al acostarte, ¿verdad Teodoro?

Emma que se había puesto de pie y se dirigía al piano, cortó la discusión diciendo:

—Basta ya de sajones y latinos. Voy a cantar una romanza. Le advierto Julio que es americana: vamos a ver si también es enemigo de nuestra música. Se llama *Golden's heart* que quiere decir Corazón de oro.

VII

Cuando Julio se encontró solo en su alcoba, abrió su maletita y sacó un retrato. Representaba a una mujer en traje de calle. Sus manos enguantadas, descansaban suavemente sobre el puño de su sombrilla. Debía ser alta, delgada, fina, casi débil. Se tendió en un sofá, clavó sus ojos tristemente en aquella figura delicada y se hundió en una mística contemplación.

Qué diferencia entre aquella mujer, y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día. Recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el dulce mirar de sus ojos negros: toda ella tan vaporosa tan diáfana. Ese era su tipo: una mujer que hablase al alma; una figura novelesca, hasta un poco romántica. En cambio, esos colores encendidos y esas formas recias, no podía soportarlas.

Así pensaba, cuando Emma apareció en su imaginación iluminada por su adorable sonrisa, aquella sonrisa que la transfiguraba hasta lo divino, que la descarnaba como con un cincel mágico, hasta esfumarla en los contornos del ideal.

La mano con que tenía alzado el retrato a la altura de los ojos, desfalleció suavemente hasta descansar en el pecho, mientras sus miradas se detenían en un punto invisible del espacio.

Desplegó de pronto sus labios una leve sonrisa; levantó el retrato hasta poner un beso sobre el papel satinado, lo dejó caer de nuevo, cerró los ojos, y pocos momentos después dormía profundamente.

VIII

Don Joaquín de Palacios, era hijo de un español de baja estofa que vino a establecerse a Costa Rica, donde, a fuerza de labor y economía, consiguió redondear una colosal fortuna. El hijo optó por la nacionalidad del padre; se hizo español, un español a toda prueba. La fortuna que heredó fue hecha en Costa Rica, en Costa Rica tenía todas sus posesiones, él no conocía más país que este; aquí aprendió a llevar el traje y a tratar con la gente de tono; pero él era español, y no poco le valía esta nacionalidad. Solía ser de hecho costarricense, una que otra vez, cuando sus conveniencias lo reclamaban así. Por lo demás era siempre egoísta, calculador y ambicioso.

Cuando en 1898 se rompieron las hostilidades entre España y Estados Unidos, ardió en fe patriótica. Porfiaba, aseguraba, juraba que el león vencería al águila, como él solía decir. Desgraciadamente no fue así. La nación-coloso tenía una gran sorpresa preparada al mundo naval y militar. Levantó su brazo formidable, y el valor y la abnegación nada pudieron: fue preciso doblar la cabeza; fue forzoso rendirse. Entonces dejó de ser español; su falso patriotismo se disipó con el desastre, convirtiéndose en la ambición de ocupar un alto puesto en la política del país. No tenía talento ni ilustración; pero tenía dinero y consiguió lo que deseaba. ¡El oro, como el báculo de Moisés,¹⁰ decía, hace brotar agua de las entrañas secas de la estéril roca!

10 Moisés es el profeta bíblico que liberó el pueblo hebreo de la esclavitud egipcia y recibió la Ley Escrita de Dios. Con el báculo o vara realizó muchos prodigios en nombre de Dios.

Llegó a Ministro de Hacienda: sacó el pecho, irguió la cabeza, miró fríamente, y quedó así convertido en un hombre público. Firmó, firmó mucho, pero jamás pudo saber lo que firmaba.

Su vida pública duró poco tiempo.

Vino un cambio político y se vio perseguido. Quiso al principio acogerse de nuevo a la bandera española; pero había perdido ya sus derechos. Clamó contra España, blasfemó contra Costa Rica y finalmente decidió irse a vivir a Francia, Francia sí era un país habitable.

Cuando Julio llegó a París fue a visitar al desertor, así le llamaba don Teodoro en son de broma. Lo recibieron con gran cariño y visitó la casa con frecuencia. Don Joaquín tenía varias hijas a quienes Julio trataba con suma confianza, pero sin fijarse nunca en ellas de una manera especial.

Cierto día lo invitaron para un baile blanco; Margarita, la menor, cumplía veinte años. Espléndido estaba el salón. Cómo resaltaban entre una explosión de luz, los fracs negros y las vestes blancas. Cuando se reunían varias damas, parecía tenerse delante, agrandadas, por una lente poderosa, las nubes que adornan las concebidas de Murillo¹¹ y ostentan, entre su vaporosa albura, las risueñas y sonrosadas cabezas de los serafines. Entre uno de estos grupos acertó a ver a Margarita. Estaba encantadora. La agitación y el calor habían puesto sobre sus mejillas pálidas un desvanecimiento de púrpura, semejante al último reflejo de una aurora boreal cayendo sobre un lampo de nieve. Sus ojos brillaban con luz extraña, y el placer convertía su expresión ligeramente triste, en una expresión lánguida, tenue y soñadora.

11 Se refiere al pintor español del siglo XVII, Bartolomé Esteban Murillo. Inició su estilo en el naturalismo tenebrista y evolucionó al barroco, del cual será un gran exponente. Su primer estilo se caracteriza por contrastes lumínicos y tonos apagados, pero evoluciona gracias a una mayor soltura en sus trazos, a la riqueza de los colores y la luz y a la composición de las figuras. Son muy famosas sus pinturas sobre niños.

En aquel instante Julio se fijó, por primera vez, en aquella criatura angelical. Estuvo largo tiempo con ella durante la noche y desapareció entre ambos la antigua confianza, para quedar sustituida por una galante etiqueta. La confianza del amor, no es la confianza de la amistad. Es preciso que muera una para que nazca la otra, y sobre las cabezas de Julio y Margarita ya comenzaba a aletear débilmente, con sus alitas impalpables de oro y rosa, el dios pequeño, el dios terrible.

IX

A medida que Julio profundizaba en el alma de Margarita, se asombraba más de no haberla comprendido antes. Julio amaba las artes y Margarita poseía un delicado temperamento artístico; Julio era un soñador y Margarita vivía forjando sueños; Julio tenía una naturaleza sensible, y Margarita era la encarnación de la misma sensibilidad. Sus espíritus se compenetraban en el sentir y en el pensar. Contra la costumbre de todos, ellos no solían hablar más que en castellano. Ella creía encontrar en ese idioma algo de su madre muerta que nunca le habló en otro; él creía sentir en los vocablos de esa lengua, palpitaciones de su patria ausente, donde aún creía que se hablaba.

Cuántas veces, él con la vista del recuerdo, y ella con la de la fantasía, recorrieron los lugares donde floreció la infancia de Julio. Admiraron aquellos bosques salvajes, llenos de olores vírgenes, de murmullos extraños, de sombras desconocidas; salpicados de infinitos matices por flores hijas de la selva; habitados por seres huraños y exóticos; cruzados por todas partes de ríos y riachuelos, remansos y cascadas; grandes, soberbios en la plenitud de su existencia primitiva; o bien se complacieron en reproducir, al través del océano, aldeas sencillas o ciudades microscópicas, recostadas en las faldas de los montes, besadas por linfa de plata, enriquecidas por las caricias de los céfiros preñados de aromas y henchidos de vida, o sintieron, tentaciones de llorar, a la memoria o la ficción de la casa paterna, cubriendo con su techo tosco tanta nobleza y tanta virtud.

Qué gratas pasaban sus horas y cómo se estrechaban y fortalecían las ligaduras de sus corazones, que parecían unidos con el sello de lo inmortal.

ACERCA DE LOS AUTORES

Máximo Soto Hall (1871 - 1944), fue un escritor y diplomático guatemalteco graduado en el Instituto Nacional Central para Varones en Guatemala. Fue uno de los escritores de más renombre en Guatemala a finales del siglo xix, reconocido principalmente por la que se considera la primera novela antiimperialista de América, *El problema*. Su extensa obra se inscribe dentro del modernismo y abarca varios géneros como poesía, ensayo político y sociológico.

Carlos Gagini Chavarría (1865 - 1925), fue un escritor costarricense de ascendencia suiza. Se distinguió como educador y dirigió varios establecimientos de enseñanza, entre ellos el Liceo de Costa Rica. Su obra narrativa, nacionalista y antiimperialista protesta por el avance de Estados Unidos en América Latina.

ACERCA DE LA EDITORA

Verónica Ríos Quesada, PhD. (La Paz, 1977), es catedrática de la Universidad de Costa Rica y profesora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de esa casa de enseñanza superior. Se doctoró en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Texas en Austin. Estudia las literaturas centroamericanas, en particular la formación de imaginarios sociales en el contexto de la modernización y sus conexiones con la representación de héroes y procesos de resistencia.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

A principios del siglo xx, los ideólogos nacionalistas latinoamericanos buscaban modelar símbolos e ideas que pudieran ayudar a establecer la gloria de sus países, a través de la historia, la geografía y la literatura. Por basarse en la anticipación política como premisa y no en la recreación histórica, las novelas *El problema* (1899) del guatemalteco Máximo Soto Hall y *La caída del águila* (1920) del costarricense Carlos Gagini, ambas publicadas en Costa Rica, resultan particularmente originales para dicho contexto. Además, la estrategia temporal desplegada en las novelas funcionó para canalizar literariamente la tensión de una región sin proyectos nacionales sólidos ante el efervescente intervencionismo estadounidense. Se trata, por tanto, de dos novelas muy particulares en el panorama literario latinoamericano de fin de siglo.

En el marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia de Costa Rica y Centroamérica, la reedición de estas novelas busca motivar la reflexión sobre las avenidas imaginadas con respecto al futuro de Costa Rica y la región centroamericana. Más allá de si se concretaron o no esos escenarios, partimos del convencimiento de que la literatura es un laboratorio donde se ensayan nuevas configuraciones y, por tanto, hacer esta relectura es un punto de partida posible para discutir nuestro futuro como sociedad. Leerlas con atención nos permite preguntarnos con más claridad qué queremos y qué tanto ha cambiado nuestra perspectiva de lo que significa un mundo mejor.

VERÓNICA RÍOS



ISBN 978-9930-580-50-9



9 789930 580509

200
COLECCIÓN
BICENTENARIO